

Entre la realidad y la ficción: el caso del soldado Ildefonso

Víctor Salazar Yerén

El 9 diciembre de 1924 se conmemoraba en el país el primer centenario de la Batalla de Ayacucho. Aquella épica y memorable gesta con la cual se sellaba el fin del dominio administrativo virreinal español iba a ser celebrado con creces en el territorio patrio. Entre las actividades programadas, que incluían banquetes, homenajes, proyecciones, desfiles, develaciones de monumentos, misa y *Te Deum*, se encontraba la inauguración del Panteón de los Próceres, aquel majestuoso mausoleo donde llegaría a descansar William Miller dos años después.

Chincha no quería mantenerse al margen de tales celebraciones. Y es así que la comunidad letrada intentó impulsar la creación de un monumento a su héroe máximo, José Santos Grocio Prado. «En las máximas solemnidades patrias —dirá el editorial de la revista *Chincha Ilustrado*—, los pueblos enaltecen siempre a sus héroes y mártires, llenando de este modo un deber que enorgullece; y, preciso es, por eso mismo, que Chincha, por su propio honor, cumpla también con el suyo» (1924: 3). Si bien la obra en mención no fue develada oportunamente, sino algunos años después, otra Comisión se conformaría a fin de premiar la mejor edición periódica local publicada en dicho aniversario, así como a la mejor composición literaria inserta entre sus páginas.

El jurado calificador —compuesto por los señores Antonio Roy Abrill, Javier Astudillo Peña y José Santos Chiriboga— reconoció unánimemente el esfuerzo del diario *La Acción*, cuya edición extraordinaria de dieciséis páginas, correspondiente al número 2830, traía en la portada una alegoría de la Madre Patria enarbolando la bandera peruana; le acompaña-

ba la figura egregia de Sucre en el margen central izquierdo, y una frase laudatoria: «Gloria a los héroes de Ayacucho». Poemas de los locales Abelardo Alva Maúrtua, Luis Schwarz Zuleta y Jorge Zuleta de Heredia adornaban sus páginas interiores, así como una tradición de Palma («El clarín de Canterac») y una semblanza sobre su director de entonces, Sr. Julio Da Fieno. Y en medio de los anuncios, acaso colocado como motivo central, ocupando las páginas 11 y 12, una composición narrativa titulada *Ildefonso*, del aún poco conocido escritor Carlos Camino Calderón.

En dicho relato, el distinguido escritor daba cuenta de las hazañas de un esclavo liberto, cuya labor, al lado de un alto mando castrense, coadyuvaba al logro del desafío independentista. El relato, de alto significado patrio, causó tal conmoción y revuelo que dibujó una nueva luz en el orgullo popular del imaginario chinchano. Tal fue la entrada triunfal de Ildefonso, de la mano de Carlos Camino Calderón, a la joven tradición literaria de nuestra provincia.

Sin embargo, esta no era la primera vez que se hablaba del joven héroe; su efigie y memoria habían sido fijadas desde hacía casi una centuria, cuando un 1 de septiembre de 1828, John Miller, hermano del valeroso general, publicó en Londres los dos tomos de su obra *Memoirs of General Miller, in the Service of the Republic of Peru*; en dicha edición —reeditada al español en 1829, 1910, 1912 y 1918, y que quizá fueron las que leyó Camino Calderón— se presentan datos elocuentes sobre el valeroso soldado, revelando su temperamento y audacia, amén de su compromiso y entrega con la gesta libertaria. El libro —compuesto sobre la correspondencia y

diarios de campaña del celebrado general— nos retrata significativamente a ambos personajes, dándonos un ejemplo de cómo la admiración y el respeto mutuo pueden retar al tiempo y romper las barreras de su inexorable anonimato.

Miller e Ildefonso, una sociedad entrañable

William Miller nació en Kent, Londres, Inglaterra, el 12 de diciembre de 1795 y murió en Lima el 31 de octubre de 1861. Desde muy joven estuvo ligado a la vida militar, tanto es así que desde los diecisiete años ya participaba en el ejército de su país contra las huestes napoleónicas en España. En 1817 llegó a Buenos Aires para ponerse a disposición de las órdenes del libertador San Martín y, en agosto de 1820, al mando del batallón número 8 del Ejército de los Andes, se embarcó desde el puerto de Valparaíso al Perú, llegando a Paracas el 7 de septiembre y a Pisco tres días después. Participó de diversas acciones bélicas en los puertos intermedios, así como en la formación de guerrillas y montoneras en la sierra central. En 1821 fue ascendido al grado de coronel y, estando a la cabeza del regimiento Legión Peruana, fue condecorado con la exclusiva Orden del Sol. Para 1824, Miller comandaba las montoneras y la caballería del Ejército Libertador y, en la batalla de Ayacucho, donde se selló el triunfo independentista, lideró a los Húsares de Junín, siendo promovido a gran mariscal de Ayacucho. Fue asignado como prefecto de Puno y, ya teniéndose a Sucre como presidente de Bolivia, asumió la prefectura de Potosí. Ese mismo año, 1824, abandona el país en favor de su salud, solo regresando cinco años después para ocupar distintos e importantes cargos en el fuero civil y militar hasta el día de su muerte.

En 1829, José María Torrijos, amigo íntimo del general Miller, a quien conociera en España cuando joven, escribió en el prólogo a la edición española:

Este general desde muy joven daba indicios positivos de valor, cierta probidad natural y mucha firmeza de carácter. Estas cualidades crecieron con su persona y le hicieron estimar por sus amigos [...] Su conducta afable, humana y generosa con los habitantes del país donde operaba, y su

celo por el bienestar y conservación de los individuos que mandaba, le granjearon el cariño de sus soldados y el respeto de aquellos habitantes (Miller, 1975: XII).

En dicha descripción, el amigo entrañable no solo destaca la valentía y arrojo del militar inglés, sino la calidez de su condición humana. Miller era afable, y sentía un real compromiso para con los desposeídos, compartiendo no solo experiencias bélicas con su batallón de negros bonaerenses, y luego negros prófugos peruanos, sino destacando la idiosincrasia y caracteres de su particular formación; así comprendió sus modos de vida y sus procedencias, además de sus urgencias y necesidades; se apiadó de ellos y los comprometió a un ideal humano sin distinciones. Al tener experiencias militares organizando guerrillas y montoneras, las cuales le dieron un acercamiento social amplio de nuestra realidad, visibilizó a los sectores menos favorecidos. Todo ello le granjearía el respeto y afecto de sus subordinados, en la creencia de que tanto negros como blancos poseerían las mismas condiciones si las oportunidades se equiparaban: «La revolución de la América del Sur y la de la Isla de Santo Domingo —dirá Miller— han suministrado muchas pruebas convincentes de que la capacidad de los negros no es inferior a la de los blancos» (Ibid.: 188).

Con ese carácter y espíritu benefactor era lógico que muchos de sus hombres sintieran respeto y admiración por su persona. Precisamente, uno de esos soldados que no escatimó en prestar servicios bizarros fue Ildefonso, negro chinchano, a quien Miller dedicó unas cortas pero significativas líneas en uno de los apartados de su diario. Lo poco que sabemos de él se lo debemos a Miller, quien lo particularizó —en un contexto social innominado— destacando sus aptitudes y deliberaciones en favor de la causa libertadora. Dirá Miller:

Ildefonso nació esclavo en Chincha, cerca de Pisco. Tomó servicio en el ejército patriota cuando el teniente coronel Miller desembarcó el año anterior y poco después entró de asistente suyo. Por lo primero que se hizo conocer fue por su sagacidad en descubrir las cosas y su atrevimiento para atravesar vados (Ibid.: 242).

Miller desembarcó en Pisco la segunda semana de septiembre, entre el 9 y el 12, de 1820. El 13, el general San Martín estableció su cuartel en Pisco y el 22 el coronel Rudecindo Alvarado tomó posesión de los pueblos de «Alto y Bajo Chincha». Al sentir su presencia, don Fernando Carrillo de Albornoz, conde de Montemar y Montebanco, poderoso hacendado costeño descendiente de una vieja estirpe de militares y políticos aristócratas de confirmada trascendencia, abandonó la provincia, aterrado, en septiembre de 1820.

Informado Rudecindo Alvarado de los movimientos de tropas del Conde de Montebanco, se dirigió a la casa hacienda de Carrillo de Albornoz en San José, quien presurosamente huyó hacia Cañete, hecho del que aprovecharon muchos esclavos para enrolarse al ejército libertador (Cánepa, 1984: 33).

Sabemos, por José Antonio del Busto (2014: 70), que los negros siempre fueron sospechosos de simpatizar con la causa libertadora. Y no era para menos: las condiciones infrahumanas en las que vivían eran realmente crudelísimas. Y es de suponer que cualquier intento de mejora, por más utópica que pareciera, respaldaba un expediente viable. Carlos Aguirre, en su *Breve historia de la esclavitud en el Perú*, será enfático al decir:

Las jornadas de trabajo eran por lo general agotadoras, aunque el grado de opresión y abuso de la mano de obra esclava variaba con las tareas, la edad, la condición del esclavo o esclava, las estaciones agrícolas y otros factores. No era raro que los esclavos fueran obligados a empezar el trabajo a las 4:30 de la mañana y recién pudieran descansar al ponerse el sol. El látigo del caporal estaba siempre a la mano para recordarles sus obligaciones (2005: 59).

El mismo Miller conocía todo ello; su experiencia militar le había permitido contrastar diversas realidades en Argentina y Chile. En sus *Memorias* escribiría: «Sujetos al capricho o crueldad de los capataces, el chasquido del látigo y los quejidos de los que azotan se oyen con frecuencia, y hasta se han encontrado instrumentos para dar tormento» (Miller, 1975: 188).

Demás está decir que Ildefonso padecía todo ello. Y una manera de acabar con ese su-

plício era congraciándose con la causa libertadora. Francisco Javier Mariátegui, en su libro *Anotaciones a la historia del Perú independiente de don Mariano Felipe Paz Soldán (1819-1822)*, señalaba que muchos negros esclavos huían de los «indecibles tormentos que sufrían» y que hasta hubo madres que «sobreponiéndose a todo sentimiento de la naturaleza, dieron sus hijos a los jefes y oficiales para que fuesen libres» (1971: 48).

Ildefonso, tal como lo cuenta Miller, era hábil para el lazo, ducho con los caballos y diestro para cruzar los vados; estuvo presente en todas las acciones acaecidas en los puertos intermedios durante las campañas de 1821. Si bien por momentos pareciese que Miller destaca sobremanera la presencia de Ildefonso, esto lo hará solo con razón de particularizar una generalidad:

Los soldados del batallón núm. 8 [...] en todo el transcurso de la guerra se distinguieron por su valor, constancia y patriotismo. Eran dóciles, fáciles de instruir y amantes de sus oficiales: muchos se hacían notar por su natural despejo y limpieza, y casi todos por su buena conducta. Maniobraban perfectamente y era opinión generalmente recibida que marchaban mejor que los cuerpos formados de blancos (Miller, 1975: 187).

Ildefonso —siguiendo el retrato de Miller— era alto y bien proporcionado; poseía un rostro dulce, afable y expresivo como él; además de bazarra, ostentaba determinación, sobre todo en los momentos en que su general corría peligro. Se sabe que en Mirave, por ejemplo, Ildefonso desobedeció una orden directa de su superior y que en vez de emitir una justificación que remediara su falta, concluyó: «No, señor; donde hay peligro, ahí estaré yo; donde muera mi amo, ahí morirá Ildefonso».

La lealtad de Ildefonso hacia Miller fue expresa y, a todas luces, sincera. De no haberlo sido, hubiese resultado lógico que el suspicaz general así lo intuyera, menoscabando toda muestra recíproca o mención posterior. Ildefonso, el jovencísimo «Infernal» del batallón número 8, estuvo allí cuando Miller padeció las tercianas que lo aquejaron en Pisco y fue —junto a Ortega y la señora Martínez, otras dos presencias negras— quien lo ayudó y cuidó.

El 1 de agosto de 1821, Miller desembarcaba por tercera vez en la bahía de Pisco. Al día siguiente, Ildefonso fue enviado a hacer trabajos de espionaje por la villa. En dicha misión fue interceptado y perseguido por la caballería española y, al no poder escapar ni alcanzar a la cuadrilla patriota, buscó refugio en el mar a fin de no caer preso en manos realistas. Los montoneros enemigos le instaron rendirse, pero Ildefonso les increpó que prefería morir antes que obedecer nuevamente a un español. Ante esta negativa, los realistas arremetieron con disparos atravesándole el cuello. Su cuerpo se perdió en la mar, saliendo a la costa solo al día siguiente. Fue enterrado el 3 de agosto «en medio del más profundo sentimiento de sus compañeros».

Ildefonso de Carlos Camino Calderón

Es difícil evaluar una obra de ficción con criterios históricos. Si bien la obra de arte tiene sus propias dinámicas y se advierte intrínsecamente que en ella abundan adaptaciones de la realidad, esta no puede enjuiciarse a menos que sea con criterios estéticos.

Carlos Camino Calderón publicó un relato de ficción con fuertes raíces históricas; la parte verídica la tomó prestada del joven Miller —abundan las líneas donde figura la reutilización de diversas descripciones y detalles— y la parte ficticia, de una serie de vacíos en la narración del personaje. En esta amalgama de información y vacío, el autor se permite tejer una red de significados posibles, donde juega con la inferencia, la ensoñación y el delirio. La literatura lo permite. Y así como este caso, hay otros más: ¿qué es sino el origen de la bandera peruana según la narrativa de Valdelomar?

Es cierto que el relato presenta una finalidad loable: «sacar, del fondo de los hechos [...], el nombre de un joven chinchano que, no por ser de pobre origen, y desconocido, fue menos patriota y valiente que aquellos brillantes héroes» (Camino, 1924: 11). Creemos que lo logró. Más de un historiador se ha valido de su relato para traerlo a la memoria en diversas fechas y publicaciones, pero sin llevar a cabo las respectivas

distinciones entre ficción y «realidad». Historiadores como López Martínez en Lima, o escritores como Peschiera González y Tolmos Marcos en Chíncha se han resistido a ejercer dichos criterios promoviendo una imagen ficticia sobre un sujeto real. Creemos que ninguna intención que busque sublimar a un personaje histórico necesita de la exacerbación ni del misticismo para ensalzar una obra vital; son las acciones las que hablan por sí mismas y es imperativo que a cualquier héroe se le aprecie con justeza. El hecho de participar en una gesta libertadora como la nuestra, con todas sus vicisitudes y adversidades, en condiciones límite, ya de por sí es un mérito; y si es necesario morir por tamaña causa, librando al prójimo de un yugo tirano, el actuar se vuelve doblemente inestimable.

Ildefonso de Carlos Camino Calderón fue publicado como folleto entre el 16 y 24 de diciembre de 1924. El ejemplar de apenas 37 páginas contiene, además del fallo del jurado, una carta donde se anuncia y felicita al autor por su obra. Previa a su historia, en la página 9, Camino exhibe una suerte de presentación titulada «A los niños de Chíncha», donde refiere su interés de no «dejar en el olvido a la inmensa multitud de hombres humildes que, silenciosa y oscuramente, han servido para formar, con sus despojos, el pedestal de la Gloria» (1924: 9). Loable y esperada actitud, ciertamente, viniendo de un hombre de letras y un sensible servidor de los intereses locales. Sin embargo, las buenas intenciones trazadas por el autor han traído a la larga, y sin quererlo, algunas situaciones pintorescas rayanas con un lirismo innecesario.

Fue Miller quien tuvo siempre la primera y última palabra respecto a Ildefonso. Y están allí, en esos tres párrafos del capítulo XV de su obra citada y algunas otras referencias adicionales que se infieren y entresacan de sus correrías bélicas, verbigracia: las tercianas de Miller en Pisco, la presencia de Ildefonso como parte de los Infernales, las campañas victoriosas en los puertos intermedios.

Lo que no se explicita ni menciona por ningún lado es el «afectuoso recibimiento al hu-

milde joven chinchano» dado por Miller, como tampoco el reencuentro idílico de Ildefonso con la campiña local; tampoco encuentra asidero los soterrados diálogos del joven héroe intentando convencer a sus congéneres en las haciendas aleñañas, mucho menos sus visitas «de puerta en puerta» intentando hallar algo que pudiera calmar las tercianas del alicaído general.

Cuando la imaginación de Camino Calderón se exagera es cuando encontramos escenas rayanas con el sentimentalismo más absurdo: «Cuando Ildefonso visitó a su amo, y lo vio convertido en huesos y pellejo, no pudo contener las lágrimas y, entre los brazos de Miller, lloró como un niño» (Camino, 1924: 24). No decimos esto porque la imagen sea imposible de asimilar: ambos eran jóvenes y de espíritu sensible, pero no refleja el comportamiento habitual en un soldado. Lo mismo nos parece el hecho de que Ildefonso se comportara como una suerte de nodriza del afamado general: «En su solicitud, Ildefonso llegaba, muchas veces a extremos que hacían reír a Miller: no lo dejaba comer ciertas cosas que eran “pesadas”; no le permitía levantar ni una silla» (Ibid.: 25). Ildefonso, cuidador de toneles; Ildefonso, sobreprotector de su «amo»; Ildefonso, profeta y místico; Ildefonso, lloroso siempre, son las postales que nos presenta continuamente Camino Calderón.

Un momento importante que ejemplifica mejor los delirios del autor lo demuestra la úl-

tima escena, cuando Ildefonso, ya muerto, es devuelto por el mar.

Cuando Miller, y un grupo de oficiales y soldados, llegaron ante el cadáver de Ildefonso, se cuadraron militarmente y saludaron con las armas. Después Miller tomó una bandera peruana y la colocó en el pecho donde había latido el corazón del valiente y abnegado chinchano. Y cuando se arrodilló, para besarlo en la frente, parecía como que esa masa inerte se animaba con la idea de que su sueño empezaba a cumplirse (Ibid.: 32).

Como se puede apreciar, la imagen presentada por Camino Calderón no solo resulta paternalista sino estereotipada; resaltan adjetivos y diminutivos, además de los dobles y contrapartes propios de toda construcción narrativa. El resultado: un relato ameno, pero sensiblero e idílico acerca de las relaciones entre ambos personajes.

Creemos que lo dicho resultará suficiente para advertir y erradicar la hipérbole. Ildefonso fue un valeroso soldado chinchano que luchó al lado del general Miller en una coyuntura hostil, y que puso al servicio de su destacamento toda su sapiencia respecto a la geografía local. Era un soldado que se resistía a volver a un estado opresor y creyó firmemente en una causa libertaria. A esa causa se aferró y ofrendó, para las generaciones posteriores, un legado de entrega y afirmación nacional. No creemos justo que, a pesar de las buenas intenciones de toda pericia literaria, se siga propalando una imagen ficticia en desmedro de una destinada a la gloria.

Bibliografía

- Aguirre, Carlos (2005). *Breve historia de la esclavitud en el Perú*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú.
- Camino Calderón, Carlos (1924). *A los niños de Chincha. Ildefonso*. Chincha: s/e.
- Cánepa Pachas, Luis (1984). *Monografía de Chincha*. Chincha: J&C Impresores.
- Chincha Ilustrado (3 de mayo, 1924). «Editorial». *Chincha Ilustrado*, p. 3.
- Del Busto, José Antonio (2014). *Breve historia de los negros del Perú*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú.
- López Martínez, Héctor (08 de septiembre, 2020). «Ildefonso: Ni dádivas ni amenazas lo trocaron en delator. Solo repetía: “Prefiero morir mil veces por la causa patriota, antes de ser traidor”». *Perú 21*. <https://peru21.pe/cultura/ildefonso-hector-lopez-martinez-noticia/>
- Mariátegui, Francisco Javier (1971). «Anotaciones a la historia del Perú independiente de don Mariano Felipe Paz Soldán (1819-1822)». En *Memorias, diarios y crónicas. Colección Documental de la Independencia del Perú*. Tomo XXVI. Vol. 2. Lima: Comisión Nacional del sesquicentenario de la Independencia del Perú.
- Miller, John (1975). *Memorias del general Guillermo Miller*. Tomo I. Colección Perú Historia. Lima: Editorial Arica.
- Peschiera González, Adolfo (2014). *Ensayos y crónicas*. Chincha: Doble impresos.